

La intervención francesa en la primera guerra carlista

La guerra civil carlista produjo en el mundo europeo de la década de los treinta la convicción de que en ella se estaban enfrentando las grandes fuerzas de la civilización occidental; las naciones se plantearon interrogantes de intervención o no intervención y cada una de ellas se vió reflejada de alguna manera en los bandos beligerantes. La prensa —señala Carr— discutió sin prejuicios la moralidad de intervencionismos, el valor militar, la barbarie de la lucha o el contrabando de armas por la frontera de los Pirineos¹.

Dentro de estos límites es preciso encuadrar este artículo. Hemos escogido la cuestión concreta del intervencionismo francés, menos estudiada que el inglés, por juzgarla de particular importancia para entender la postura ante el conflicto de las naciones especialmente vinculadas a España por el compromiso de una alianza. No se planteará aquí si Francia debió o no participar sino cómo solucionó el problema por el desarrollo de los acontecimientos².

Al firmar el Tratado de la Cuádruple Alianza el 22 de abril de 1834 y sus artículos adicionales el 18 de agosto, Francia se había comprometido, en prueba de amistad, a poner los medios necesarios para que por su frontera con España no llegara al ejército del Pretendiente carlista ningún tipo de subsidios³.

Ya desde finales de 1833, el ministerio francés de la Guerra estaba empeñado en la tarea de recoger todo tipo de datos para conocer el estado de

1 CARR, R.: *España 1808-1939*. Barcelona, Ariel. 1969, p. 160.

2 Utilizamos con preferencia en este artículo el estudio de Paul AZÁN, titulado: *La legion étrangère en Espagne*. París, 1907. 756 pp. Aunque en algunos momentos partidista, es obra imprescindible para este tema junto con *L'histoire de l'ancienne legion étrangère* de BERNELLE y COLLEVILLE. París, 1850.

3 En la Cuádruple Alianza el Regente de Portugal prometió, en nombre de doña María, hacer lo posible para alejar a D. Carlos de dicha nación. María Cristina, a cambio, se comprometía a enviar tropas para cooperar en la expulsión de los infantes Miguel y Carlos; Inglaterra debía concurrir con un ejército en dichas operaciones y Francia intervendría en caso de necesidad. (N. del A.)

España y en diciembre de 1834 empezó a comprender que el bloqueo y control de las zonas fronterizas era medida insuficiente contra una insurrección que seguía creciendo. Sin embargo, todavía pasaron unos meses antes de que dicho Gobierno evidenciase su interés por el éxito de la causa de Isabel II; finalmente, y sin proponerse un plan de intervención, destacó al coronel Moline de Saint-Yon junto al general Rodil, comandante en jefe del ejército del Norte. Se evidenciaba que el motivo principal francés era poseer en todo momento un conocimiento exacto de la situación española si bien las intenciones oficiales, explicadas en carta del mariscal Gerard, parecían señalar otras miras:

«General: he visto ya por la correspondencia del general Harispe con el conde Armíldez de Toledo y por la carta que ha tenido el honor de escribiros a vuestra llegada a Navarra, cuánto interés tiene el gobierno del rey por el triunfo de la causa de Isabel II. Los generales franceses que mandan en la línea de los Pirineos tienen orden de aportar todos sus medios, *sin salir de los límites que les están trazados*, para el éxito de vuestras operaciones. Le ha sido encargado al general Harispe⁴, para este efecto, recoger datos para unirlos a los vuestros a fin de secundaros e instruiros al punto en el gobierno para hacer más eficaces las medidas que juzguéis útiles tomar. Así, y por una consecuencia natural de los lazos de amistad que unen a nuestros gobiernos respectivos, el rey envía junto a usted a M. Moline Saint-Yon, coronel en el real cuerpo de Estado Mayor. Os secundará en vuestras relaciones al igual que el general Harispe; se dirigirá incluso directamente a mí, si fuese necesario, por el bien de la causa que servís con tanto valor...»⁵.

Saint-Yon llegó a Bayona el 2 de agosto, enviando desde Pamplona el día 18 los primeros datos a su ministro de la guerra. Indica Azan que a partir de esa fecha le escribió frecuentes cartas, dándole no sólo una completa exposición de las operaciones militares sino incluso notas concretas sobre la situación política.

Resultan del todo punto interesantes sus primeras impresiones sobre el ejército de la Reina. En carta desde Eugui decía al ministro: «El soldado está animado con el mejor espíritu; en las marchas fatigosas, en los tiempos más duros, sin distribuciones regulares, no cesa de mostrar una constante alegría y va al enemigo con un ánimo digno de los mayores elogios. Hay

4 Se encomendó al general Harispe la misión de aportar datos sobre el Pirineo navarro y el País vasco; era la persona más idónea por su excelente conocimiento de la zona: nacido en Baigorri, había luchado primero en los Alduides, siendo herido en Izpegui (Navarra), y luego estado, al frente del 2.º Batallón de Cazadores Vascos, en Guipúzcoa en la campaña de 1794.

5 Cit. por AZÁN: O. C, P- 44.

que exceptuar, sin embargo, a la guardia real que no parece muy segura y cuyos oficiales en particular, inspiran mucha desconfianza. El vestuario está en estado deplorable: los hombres están sin medias, sin alpargatas y no tienen más que la sola camisa que llevan puesta. Los gorros de pelo de la guardia, por ser extremadamente pesados, el general Rodil los ha hecho depositar en el almacén; y para una lluvia casi continua desde hace algún tiempo, los hombres no tienen otra cosa que un gorro de policía»⁶.

Los términos que dedicaba St. Yon a la oficialidad eran duros reflejando la poco cuidadosa elección de sus componentes y el estado de notable descomposición que restaba posibilidades de éxito a las acciones militares:

«Los oficiales —escribía— son, en general, o demasiado viejos o demasiado jóvenes y todos muestran tal molición en el servicio que es necesario que los españoles estén mucho más dispuestos a la obediencia de lo que uno puede imaginarse porque no existe la menor disciplina en los cuerpos. Así puede pensarse, después de esto, que en el ejército reinan una multitud de abusos. No voy a citar más que uno: todos los capitanes, lugartenientes y sublugartenientes de infantería han subido de sargentos de suerte que un batallón en marcha ocupa tanto espacio como un regimiento y cuando se trata de combatir, un número considerable de soldados se escapa de la formación. Una de las cosas más deplorables es la situación de los generales: se despedazan entre sí sin la menor vacilación y sacrifican a menudo el interés del país a sus particulares disidencias, muestran una impericia extrema y se conducen, en una palabra, de modo que su gran mayoría no inspira a las tropas confianza alguna».

Pensaba St. Yon que los oficiales, en lugar de mantener la disciplina, contribuían al desorden; en octubre, con ocasión de la sustitución de Rodil por Mina en el mando del ejército, escribía al ministro francés que los oficiales abandonaban sus cuerpos sin autorización y tomaban a su servicio particular hasta tres y cuatro soldados para que guardasen sus bagajes y no apa-

6 de la misma carta de St. Yon al ministro. En AZÁN: O. C., pp. 45-47.

El general Fernández de Córdova (véase su *Memoria justificativa*) escribió por lo menos once oficios al ministro de la Guerra español para intentar subsanar la penuria de su ejército.

VALERA dice en su *Historia* que Córdova no recibía fondos ni provisiones, teniendo que hacer uso de su crédito personal el cual era insuficiente y apunta que lo que más le atormentaba eran los cargos de la prensa avanzada que exigía victorias inmediatas «no tanto por el interés de la causa como por el de la conservación en el poder del partido que a la sazón dominaba».

(LAFUENTE, M.: *Historia de España hasta Fernando VII por* ————— *y continua-da... hasta nuestros días por D. Juan Valera*. Barcelona, tomo XX, p. 343).

reciesen en la formación, habiéndose dado el caso de que en una de las últimas revistas un batallón de carabineros había sumado un solo hombre disponible⁷.

En el ejército de Navarra, los generales más nombrados ni eran hábiles tácticos ni instruidos ni el alto mando parecía estar al nivel requerido por lo que «todos, incluso los generales, desean la intervención de Francia y piensan que es el único medio de acabar con prontitud una lucha ya demasiado prolongada y de impedir males irreparables»⁸.

Con respecto al ejército carlista, en un momento en que la opinión pública liberal —en contrapunto con la aireada ineficacia del ejército cristino— se fijaba en las acciones de Zumalacárregui, escribió St. Yon que los batallones del Pretendiente no estaban formados por individuos temibles por su arrojo y fanatismo, como muchos se figuraban: apenas un sexto de esos hombres podían incluirse en dicha categoría, el resto eran gentes vagas que preferían una vida errante al trabajo, jóvenes atraídos por la vida aventurera y hombres que, con el título de «voluntarios», habían sido arrancados de sus hogares por temor a amenazas⁹.

La opinión del coronel francés sobre la misma contienda no era sino la conclusión y resumen de los pareceres expuestos: la guerra tenía mucho de salvajismo porque se buscaba el exterminio. Para poner fin a la lucha, habría que empezar por vencer en Navarra que era el centro de la resistencia; caída ésta, no tardaría en entregarse todo el norte. La victoria no sería difícil, v habida cuenta de que la lucha que mantenían los navarros no era un movimiento nacional sino la actuación del espíritu individual de ambición, bastaría colocar en línea fuerzas militares disciplinadas y suficientes para acabar con la resistencia.

A finales de octubre de 1834, Saint-Yon creía que el Gobierno de la Reina no podría por sus propios medios acabar con la insurrección¹⁰. Juzgó, por ello, oportuno apuntárselo a su Ministro para que Francia decidiera pronto su postura: «Solamente temo una cosa: que el Gobierno español actúe como esos enfermos que no piden socorro más que cuando su estado es des-

7 Tal opinión del coronel francés la juzgó D. Julián Suárez Inclán de «severísimo reproche» en su recensión al libro de Azán publicada en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», Madrid (1908), LIII, pp. 437-446.

8 De la misma carta de St. Yon al Ministro de la Guerra francés, desde Eugui en 29 de agosto de 1834.

9 Carta al Ministro, de 29 de septiembre de 1834. Poco duró este parecer de St. Yon que cambió de opinión antes de los dos meses. (N. del A.)

10 Tal afirmación quizás algo extrema, no fue demasiado aceptada por el partido progresista liberal ni por su portavoz Juan Alvarez Mendizábal que procuró, por todos los medios, acabar la guerra sólo con los recursos nacionales.

esperado. La tarea del médico, que en principio hubiera sido fácil, se hace entonces laboriosa; y a veces le sucede que se ha de comprometer a encargarse de la cura»¹¹.

Un mes más tarde, con motivo de las victorias de Zumalacárregui, la insurrección de Navarra empezó a tener carácter nacional y las tropas de la Reina, cansadas de marchas y contramarchas, patentizaban no tener el mismo ardor; el ejército carlista se había transformado, según St. Yon, por obra y gracia de su jefe y los «aventureros» podían hacer tambalear el futuro trono de Isabel II¹².

11 Cit. en AZÁN, Paul: o. c, p. 49.

12 Escribía St. Yon de Zumalacárregui en carta de 10 de diciembre de 1834:

«Zumalacárregui, el generalísimo de don Carlos, no es un hombre ordinario. Pasa por ser uno de los buenos coroneles del ejército y sobre todo por un excelente administrador, y ha demostrado que la opinión no se había equivocado. Acosado sin cesar y perseguido, sin poder tener ningún punto de depósito ni base de operaciones, ha hallado medio de reclutar sin cesar nuevas fuerzas en el país y de darles una organización regular. Hoy sus batallones marchan, maniobran y combaten con más orden y unión que los regimientos de línea. Su contabilidad es al mismo tiempo simple y segura; así, no solamente las tropas de Zumalacárregui no son bandas errantes e indisciplinadas sino cuerpos bien pertrechados, armados y equipados con una organización e instrucción perfectamente apropiadas al género de guerra que deben hacer. Zumalacárregui tiene, por otro lado, la inmensa ventaja de ejercer el imperio más absoluto sobre todos los habitantes de Navarra; unos se han adherido por opinión y otros se han sometido por el temor porque ha buscado todos los medios de hacer crecer el terror de su nombre. Así cuando caen prisioneros en su poder, no ordena que sean fusilados inmediatamente y sin excepción, sino que los pasea con él para hacerlos ver y a continuación les hace fusilar por separado en diferentes localidades para que todo el mundo conozca su carácter inexorable y su poder sin límites. Ha organizado una correspondencia que, por la rapidez de las comunicaciones, es por decirlo así, telegráfica. Hombres situados en las alturas que rodean a los lugares donde están las tropas de la Reina disparan un cierto número de tiros de fusil para anunciar la marcha, fuerza y dirección de las columnas enemigas; esta señal se repite de montaña a montaña, de modo que en pocos momentos, Zumalacárregui en cualquier punto donde esté tiene un primer aviso de los movimientos dirigidos contra él; los cuales le son enseguida confirmados por hombres enviados a los pueblos para hacerle una relación más circunstanciada y positiva.

Se ha visto claramente que su objeto es hacer correr y fatigar las columnas enviadas contra él, presentando solamente dos o tres batallones que tienen orden de hacerse seguir sin presentar batalla, hasta que las tropas de la Reina, agotadas, puedan por fin ser conducidas a una posición, designada de antemano, donde todas las fuerzas rebeldes reunidas combatan si creen poder hacerlo sin temor a un fracaso. Por este sistema, muy bien concebido, y perfectamente ejecutado, los batallones de Zumalacárregui, lejos de estar fatigados por persecuciones dirigidas contra ellos, como se cree, tienen por el contrario mucho reposo, porque incluso no tienen necesidad de ocultarse; los habitantes de los pueblos les ahorran este cuidado. Por lo mismo se concibe también que estén mejor alimentados y abastecidos que los regimientos del ejército; solamente de vez en cuando se hallan en el caso de hacer marchas bastante largas para reunirse inopinadamente en el punto que les presente garantías de éxito.

Además con una o dos columnas puede permitirse el lujo de alcanzar un enemigo por estar servido por la población y por ser sus movimientos más rápidos ya que no lleva bagaje alguno, pudiendo sin peligro fraccionarse en los destacamentos que desee; mientras que las tropas de línea, estando obligadas a llevar con ellas los víveres que no pueden obtener de los habitantes, se ven forzadas a permanecer reunidas y a

En la opinión de Saint-Yon una intervención francesa podría ser oportuna; sin embargo sería preciso contar, antes de tomar una decisión en este sentido, con que no todos los españoles la deseaban.

«En Navarra —escribía— el partido liberal se compone o de gentes exaltadas que quieren ir demasiado lejos o de hombres prudentes que no tienen influencia alguna sobre el pueblo. Los primeros apenas se interesan de las libertades que Francia podría ofrecerles; los segundos, miran toda intervención como una funesta necesidad en cuanto deja entrever la debilidad del gobierno; lo cual, tiene por consecuencia inevitable dejar a los carlistas en conspiración permanente, volviendo únicamente sus ojos a tiempos más dichosos. En cuanto al ejército, los oficiales, que ahora piden a gritos nuestro socorro y que son los menos dispuestos a marchar contra los rebeldes, volverán a encontrar enseguida ese desmesurado orgullo que es la base del carácter nacional y en cuanto les parezca que el peligro se aleja, serán los primeros en quejarse de que se haya tenido que recurrir a extranjeros para restablecer la tranquilidad. Por encima de hallar los espíritus dispuestos tan poco favorablemente, no sería menos esencial fijarse, en el caso de querer entrar en la contienda, en que el reino entero está puesto en movimiento por un clero potente y una facción potente y enérgica»¹³.

Por un lado, no dejaba de tener razón el coronel francés aunque su juicio resultase partidista, y frente a la opinión de la prensa y de gran parte de los militares cristinos, en especial de Mina —jefe del ejército del Norte—, el general Fernández de Córdova venía abogando desde un principio por la intervención armada de Francia.

Para Córdova, la participación francesa debía ser consecuencia natural de la Cuádruple Alianza del mismo modo que por ella España había intervenido en Portugal¹⁴. Tal punto era necesario reconsiderar porque en el

componer necesariamente masas muy poco móviles. Es fácil concluir de este estado de cosas, que no se puede esperar ningún éxito que no venga de una gran superioridad numérica, de modo que las fuerzas actuantes se multipliquen lo suficiente como para poder romper a los rebeldes y obligarles a dispersarse o a combatir.

(En AZAN: O. C, pp. 398-400).

13 Al Ministro de la Guerra desde Pamplona, 2 noviembre 1834.

Ver MIRAFLORES, Marqués de: *Memorias del reinado de Isabel II*. Madrid, 1843-44, t. I, pp. 168 y ss.

14 «España pobre y sin crédito, en el crítico momento de «mpezar una revolución difícil y peligrosa, y llamada con urgencia a sofocar una guerra civil en el territorio más propio para alimentarla y engrandecerla, ha tenido que posponer sus propias y más imperiosas necesidades para hacer triunfar los intereses de la nueva alianza con Portugal; y después de mantener por muchos meses diez mil hombres en la frontera de este reino, ha decidido en pocos días por su influjo moral y por su coacción física una larga lucha, afianzando sólidamente el trono de uno de los aliados, y asegurando el triunfo de los intereses de la alianza allí donde peligraban.» (FERNÁNDEZ DE CORDOVA, Luis: *Memoria justificativa*, pp. 444-445.)

Tratado se había echado en falta, desde su firma, una participación directa en las cargas y sacrificios proporcionada a las utilidades que de él obtendrían los contratantes: hasta el momento, todos los gastos y sacrificios en lo tocante a Portugal habían quedado «de cuenta de la nación más pobre y apurada de las que pactaron»¹⁵.

El Tratado, con respecto a la guerra civil, podía ser «una esperanza, una reserva para el sensible y entonces no pensado caso de que nuestras armas no triunfasen pronta y fácilmente de la rebelión que iba creciendo; y nuestra cooperación en Portugal un servicio prestado a la alianza, un derecho adquirido sobre nuestros aliados y un precedente acerca de la verdadera inteligencia y fuerza del pacto»¹⁶.

Sobre este planteamiento, la cuestión de la oportunidad para la intervención no era sino un problema de fechas; Córdoba se inclinaba, lo mismo que St. Yon, para evitar mayores males, por una pronta ayuda: así lo reflejaba en su *Memoria*:

«Reconvenido por un íntimo amigo mío, que no ha dejado de ocupar la posición más avanzada en política y que se admiraba de verme, tan sin rebozo, declarado partidario de la cooperación, hace dos años le decía yo estas palabras que reproduzco porque resumen exacta y sencillamente mi modo de ver sobre la necesidad de acudir a aquella. Si Zumalacárregui, le decía yo, estuviese en las puertas de Madrid, y otras provincias del reino en guerra ya también con nuestra causa, y el país dividido y el tesoro exhausto y la población cansada de la lucha y de los males que engendra, y las leyes sin fuerza y la libertad y el trono en peligro, por consecuencia de todas estas causas, ¿consentiría usted entonces en la cooperación?, ¿le negaría usted su voto?, ¿preferiría usted a aquella ruina del estado? —En ese caso, ciertamente que la admitiría, me respondió, pero como no estamos en ese caso...— Pues ya ve usted, repliqué, cómo ésta no es más que una cuestión de fechas y distancias, de pura previsión, y lo que es más, de datos prácticos y experiencias materiales. Lo que usted no quiere hasta aquella extremidad, ya lo quiero yo ahora para evitar los grandes males por donde a ella habríamos de llegar; porque creo que la guerra y la rebelión irán creciendo infaliblemente, y disminuyendo en igual proporción nuestros recursos para sostener aquella»¹⁷.

También ciertos sectores franceses se mostraban partidarios de una intervención; incluso la iniciativa privada intentó suplir la inercia gubernamen-

15 FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA: O. C., p. 446.

16. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Luis: o. c., pp. 448-449.

17 Idem, ídem.

tal: un oficial, el coronel barón de Suarce —que había mandado tropas francesas en servicio de Portugal— escribió el 18 de noviembre al mariscal duque de Trevisé solicitando autorización para levantar en Francia un cuerpo de voluntarios destinado a ayudar a la monarquía constitucional española. Las razones aducidas por el barón no dejaban de ser interesantes: como alrededor de 1500 franceses, despedidos del servicio portugués, tenían que volver a sus casas, podría utilizarse la energía de estos soldados ultraliberales y aguerridos haciéndoles pasar al servicio de Isabel con lo que Francia daría muestras de ayuda favoreciéndose a sí misma. Suarce, que esperaba solucionar la aversión española a los extranjeros por sus amistades en el partido liberal —algunas tan importantes como la de Mina o Valdés—, pidió la incorporación de cincuenta franceses en cada uno de los batallones españoles para que sirvieran de cabeza de columna. Pero quizás lo que más atraía de la proposición al ministerio francés era que se trataba de hombres alistados, antes de su marcha a Portugal, en sociedades secretas y revolucionarias, habituados a misiones peligrosas y que en manos de los partidos de la oposición podrían ser instrumentos imprescindibles. Dejarlos en Francia era un riesgo y mandarlos a España una probable ventaja para el mantenimiento de la tranquilidad pública.

El ministro de la Guerra comunicó entonces la carta de Suarce al de Asuntos Exteriores añadiendo que quizás pudiera convenir dar a conocer la idea al embajador de Francia en Madrid; sin embargo, el Consejo de Ministros francés se adelantó a opinar que no merecía la pena ocuparse de tal asunto.

Mientras, la situación del ejército cristino era comprometida: el general Mina disminuía en autoridad y Saint-Yon seguía deplorando la incapacidad y discordia entre los oficiales. Pese a la parcialidad de juicio de este coronel francés, la situación real no debía ser muy diferente y el coronel inglés Flinter en una carta venía a decir lo mismo:

«Llevo seis meses y no tengo ni un instante de reposo. He atravesado Navarra en todos los sentidos y siempre he cuidado estudiar la opinión pública. Con igual atención he constatado las medidas tomadas por el gobierno para acabar con la rebelión cuya fuerza aumenta cada día. A pesar del respeto que tengo por el general Mina, me veo obligado a decir que su llegada no ha producido el menor efecto en el país; por el contrario, los habitantes parece que se han pronunciado contra él más que contra sus predecesores. Apenas algunos facciosos han pasado a su bando. Solamente con gran dificultad podemos tomar la ofensiva en ciertas localidades; estamos con frecuencia hasta cuatro días sin ración, mientras que a los carlistas no les falta nada».

Como Saint Yon, ponderaba la valentía de los soldados frente a la impericia de los jefes: «Desde hace muchos meses, nuestros soldados no se han acostado más que en el suelo y sin desvestirse. Aunque marchan sin descanso y prueban toda serie de privaciones, no se quejan, pero su paciencia comienza a flaquear. No hay espíritu de cuerpo ni entusiasmo. No hay deseo de combatir. Si un soldado cae herido no se tiene con él ningún cuidado en los hospitales y si queda inválido tiene que pasarse a la mendicidad. Por otro lado, no tenemos ningún general y hay muy pocos oficiales buenos. Nuestros generales están siempre en guerra unos contra otros y todos los oficiales están descontentos porque no hay ascensos más que para los que están protegidos por la Corte, es decir, para los que no hacen nada o se salvan de guerrear. Muy pocos oficiales están en sus puestos: en lugar de seguir a su regimiento se quedan en las ciudades que atravesamos y pasan el tiempo en los cafés. De 540 que deberían estar en el ejército, no hay más que 210; se ven regimientos mandados por capitanes y compañías mandadas por sargentos. Muy pocos cumplen su deber en el fuego y esos son siempre las víctimas de su decisión. En resumen, los oficiales se quedan constantemente en retaguardia»¹⁸.

Por el contrario, los carlistas, a los ojos de Flinter, aparecían organizados y experimentados; contraste digno de tenerse en cuenta por venir del bando cristino pero que bien pudiera derivarse, como el juicio de Saint-Yon, de un deseo de mostrar los defectos del ejército liberal en pro de una solución inmediata. «No son —decía— paisanos en revuelta: maniobran y ejecutan la retirada en un orden perfecto. En los bosques y terrenos accidentados sus tiradores son superiores a los nuestros; y desgraciadamente, nuestros soldados reconocen su superioridad. Sus oficiales son hombres probados con largo historial y todos tienen, por lo menos, algo que falta a los nuestros, mucha bravura personal y conocimientos prácticos»¹⁹.

La mala salud de Mina estaba teniendo nefasta influencia sobre las realizaciones, y en enero de 1835, St. Yon denunció la existencia de «un escandaloso desorden». Azan considera que si, pese a todo, Mina se mantenía en el mando, era debido a que estaba sostenido por los progresistas a los que no convenía el fin de la guerra: si ésta acababa en seguida con la victoria de Isabel, se instalaría un poder moderado semejante al francés; en cambio, una lucha prolongada daría posibilidad a que los generales y políticos no ultraliberales «se quemaran» en la acción, lo que sería aprovechado por los «ultra» para imponer su pauta.

18 Carta fechada en Estella, el 26 de diciembre de 1834. Cit. en AZÁN: O. C, p. 55.

19 De la misma carta de 26 de diciembre.

A una con los levantamientos progresistas del sur de la península —Málaga en especial— y Aragón —Zaragoza y Huesca—, Mina fue reemplazado por Valdés en el mando del ejército del Norte. Como su llegada coincidió con la huida en desorden de treinta batallones en las Améscoas y con la toma de Treviño por los carlistas, Valdés urgió la petición oficial de intervención extranjera para reiniciar el contraataque y Córdova fue enviado con la misión concreta de proponer al Gobierno, como solución, la cooperación directa de los aliados. En el Consejo de Ministros encontró una postura desfavorable provocada por la reseña en un periódico de Madrid de unas declaraciones del rey francés en el sentido de que no permitiría el triunfo de la anarquía en España y que lucharía contra ella como en las calles de Lyon y París. Alcalá Galiano pidió explicaciones en la cámara de los Próceres el 21 de abril de 1835 y el presidente del Consejo le respondió en términos que calmaban toda susceptibilidad: «Debo decir que nadie tiene derecho para intervenir en nuestros negocios interiores. He repetido muchas veces que el Tratado de Cuádruple Alianza daba, en sus artículos adicionales, derecho al Gobierno de pedir los socorros necesarios por tierra y mar a las potencias extranjeras. Pero el ministerio cree no tener necesidad del apoyo de nadie, porque cuenta con la nación y sus leyes»²⁰.

La actitud del Consejo varió con las motivaciones dadas por Córdova: no se le pediría a Francia una intervención política sino el cumplimiento de un pacto diplomático necesario en ese momento. Era discutible si Francia estaba obligada o no a prestar auxilio, pero si la acción llegaba a ejercerse, se haría en virtud de un pacto y de la gestión de la parte interesada que reclamaría sus beneficios; no tenía nada que ver con el principio de «no intervención» creado o invocado para otras épocas y circunstancias. Así, la cuestión, que quedaba en el aire, giraba exclusivamente sobre si el pacto obligaba o no a Francia, no en si podría cumplirlo sin faltar al principio de no intervención, pues en tal caso ya habría faltado al pactar con la condición de reconocerse obligada a cooperar²¹.

20 «Le Moniteur Universel», de 2 de mayo de 1835, p. 1028. (Consultado en Hemeroteca de la Biblioteca Nacional. Madrid).

21 Córdova remató la defensa de su postura ante el Consejo con este cuadro de la situación: «¡No se paga!... verdad es; no se paga porque no hay dinero...»; «no hay dinero porque los gastos son mayores que los recursos del erario; no hay recursos porque la guerra civil ha agotado o cegado las fuentes de la riqueza pública, haciendo que se oculten o huyan los capitales propios y muera en el extranjero el crédito nacional, para no volver a renacer sino con la confianza que devuelva la victoria; porque muchas provincias están invadidas por la guerra y no pagan; porque lo que se recauda en las demás no basta para alimentar la guerra; porque el comercio es nulo y el contrabando que lo arruina un mal consiguiente y casi inevitable en tal estado de cosas; porque la industria no prospera en semejante situación y la agricultura que todo lo sufre, no florece regada con sangre y privada de brazos. Ante estos hechos y verdades, ¿qué capacidad bastará jamás sin la piedra filosofal o la

Tanto liberales exaltados como carlistas pensaban que una intervención francesa supondría volver a la guerra de la Independencia. Aunque los ingleses no veían claramente lo de la concreta intervención francesa, aceptaban sin embargo, el concurso de potencias extranjeras para el triunfo final de la causa del Gobierno constitucional; el coronel Wylde era de la opinión que si la Cuádruple Alianza negaba su apoyo a España, don Carlos estaría en Madrid en tres meses. La situación era tal que muchos oficiales cristinos empezaron a entablar negociaciones secretas con el Pretendiente para asegurarse el porvenir.

La urgencia llevó a Valdés, en 13 de mayo, a proponer al Gobierno español una ayuda precisa de Francia pasando por encima de todo planteamiento diplomático: la misión de las tropas francesas sería limitada reduciéndose a ocupar solamente la vertiente meridional de los Pirineos y algunos puntos fortificados, mientras que los españoles —liberados de la vigilancia del país— seguirían encargándose de la persecución de los carlistas.

Reunido el Consejo de Ministros apoyó la idea de Valdés y Martínez de la Rosa, opuesto a la intervención, hubo de ceder. El 19 de mayo escribió al embajador en París, duque de Frías, «manifestándole —dice Pírala— que a pesar de los esfuerzos para terminar la guerra civil, S. M. veía con profundo dolor lejano su término; que a este mal se agregaba el mayor, del fundado recelo de que prolongándose la lucha y casi desguarnecidas las demás provincias del reino, por acudir las tropas hacia las del norte, no sería difícil que se desarrollasen nuevos elementos de rebelión en puntos distantes, o bien que aprovechándose de tales circunstancias, se desencadenasen las pasiones populares por un extremo opuesto y tuviera el Gobierno que combatir a dos enemigos. Para atajar estos males, apelaba sin demora al medio previsto ya en el Tratado de 22 de abril y S. M. conceptuaba que era llegado el caso de reclamar la cooperación efectiva de sus augustos aliados, pero de un modo pronto y eficaz para poner fin a una contienda tan ruinosa para España, que podría ser embarazosa para sus antiguos aliados, y podría con su prolongación, y por efecto de sucesos imprevistos, llegar a complicar la situación política de Europa»²².

Y añadía más adelante: «El ánimo de S. M. y los deseos, son proceder en un todo de acuerdo con sus augustos aliados, a fin de que reclamando a un tiempo de ellos la cooperación respectiva a que cada cual se obligó en el Tratado de 22 de abril y en sus artículos adicionales, se logren tres objetos de suma importancia: primero, ofrecer a la Europa un testimonio irrecusable

victoria para evitar las quejas que nacen de causas indestructibles?» (FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Luis: o. c., pp. 453-454).

22 PIRALA: O. C., t. II, p. 112.

de que subsiste en vigor el mencionado Tratado y de que se realizan sus efectos; segundo, aprovecharse del influjo moral de semejante unión entre las potencias signatarias para quitar toda esperanza al partido rebelde y evitar que se derrame más sangre española por una y otra parte; tercero, lograr que viéndose a un tiempo la cooperación armada de las tres potencias que firmaron con España el convenio, aparezca éste bajo su verdadero aspecto, alejando toda idea de intervención de una nación más poderosa en los asuntos económicos de otra más-débil, como la concurrencia de varias partes interesadas más o menos en que se consiga un fin común»²³.

Sin embargo, desde finales de abril el Gobierno francés estaba determinado por la no intervención oficial y directa, lo cual no significaba que pensaba incumplir los compromisos de la Cuádruple Alianza sino que no había llegado el caso de tener que cooperar necesariamente y menos, al no querer Inglaterra hacerlo «porque fuera indiscreto comprometerse aislada y sola en un empeño que pudiera ser de alta transcendencia».

En efecto, la legión extranjera al servicio de Francia fue el instrumento diplomático elegido para, sin comprometer a la monarquía de Luis Felipe, mostrar deseos de ayuda a España. A partir de esta decisión el esquema diplomático francés ante la corte de M.^a Cristina fue invariable: mantenerse al margen de una participación directa ofreciendo un apoyo que, como tal, nunca acabó de convencer al Gobierno español.

Unos días más tarde, el duque de Frías escribió al duque de De Broglie que la Reina Gobernadora aceptaba el ofrecimiento subrayando que S. M. además hubiera preferido poder añadir el apoyo moral del nombre y bandera franceses; aceptaba también que barcos galos guardasen las costas de la península para impedir la llegada de refuerzos carlistas y pedía que el mantenimiento de la legión corriese a cargo del Gobierno aliado dada la penuria financiera española.

El 27 de junio se redactó un proyecto de Convención entre ambas naciones relativo a la entrada de la legión al servicio de la Reina. Es de interés constatar el cuidado de los términos por parte francesa: la legión en los ocho artículos del proyecto aparecía como un cuerpo de tropas mercenarias al servicio de Francia. Ésta, no interviniendo directamente, cedía dicho servicio a España²⁴.

²³ PIRALA: O. C., t. II, p. 566, doc. núm. 8.

²⁴ PIRALA, en su *Historia*, aporta un documento digno de tenerse en cuenta: parece ser, que, al margen de estas gestiones, el gobierno de María Cristina pidió un

El ministerio francés en nota escrita a los jefes de la legión de Argelia, quizás por cubrir las apariencias, reguló todo lo que pudiera resultar de tal cesión dividiendo a los legionarios en categorías:

— Para los extranjeros venía a ser de necesidad ir a España: los oficiales que se negaran perderían su empleo sin derecho a indemnización; en cuanto a los suboficiales y caporales —vinculados por contrato— no podrían dejar la legión más que a la expiración del mismo.

— Para los franceses las condiciones variaban algo: los que antes de su admisión en la legión no estuvieran provistos de algún grado militar en Francia, serían devueltos a su grado anterior si se negaban a partir. En cuanto a los oficiales y suboficiales, regularmente provistos de grados en el ejército francés, serían considerados como en misión durante la estancia de la legión en España y mantenidos bajo los controles del ejército; en caso de negativa, los oficiales pasarían a la excedencia con medio sueldo y los suboficiales serían destinados a un cuerpo de África, caso de estar unidos al servicio por un lazo legal, y liberados si su vínculo con la legión fuera especial.

Y añadía el Ministro: «Tan pronto como la cesión de la legión extranjera haya sido hecha por el comisariado francés al comisariado español, deberá quitar su bandera y dejar la 'cocarda' francesa; el ayuda de campo del ministro le dará la bandera». Finalmente, se encargaba al coronel de la legión convocar a los oficiales antes del 18 de julio al mediodía y obligarlos a tomar una determinación «conforme a los deseos del Gobierno».

socorro especial a Francia para levantar el sitio de Bilbao. En carta desde Bayona, julio 1835, un personaje desconocido comentaba el resultado obtenido:

«Lo que hasta ahora he podido adquirir de noticias sobre este asunto es que así que el Gobierno francés recibió la petición la puso en conocimiento de los embajadores español e inglés, y en unión con ellos determinó embarcar en los puertos del Oeste tres mil polacos de infantería, y aun se avisó a Inglaterra que del de Southampton viniesen a reunirse con ellos otros quinientos de caballería de la misma nación, a fin de dirigirlos inmediatamente a Bilbao en buques franceses. Se le propuso a nuestro embajador una terna de generales polacos y eligió Mininski, el que defendió a Varsovia; pero al día siguiente se volvió a dar contraorden por telégrafo, porque aquí sucede lo que en España, que se teme a los defensores de la libertad mucho más que al mismo carlismo, y como a los polacos, sobre todo al soldado, era preciso decirles que iban a defender en España la Constitución del año 12, pues de otro modo no se les mueve, se temía no fuesen a complicar más nuestra cuestión. Entre ellos, bien que ninguno lo haya leído, tienen la idea de que dicho código es muy democrático y sinónimo de república, por lo que están entusiasmados con él.»

«A la muerte de Zumalacárregui, le han dado en Francia e Inglaterra tan alta importancia que creen que con ella ha recibido la facción un golpe mortal, y que ya no es necesaria la cooperación de ambas potencias por lo que no me extrañaré el que no se complete la expedición inglesa. En Francia y en Bélgica se han suspendido los enganches y de las legiones extranjeras de Argel compuestas de nueve o diez mil hombres, creo que sólo se eche mano de la española, que creo no pasa de ochocientos hombres.»

(PIRALA, A.: o. c. t. II, pp. 38-39.)

La manera de trato, poco gentil, y las exigencias del ministro francés produjo en oficiales y legionarios un sentimiento de reacción en contra, de modo que de los tres batallones que se hallaban en Argelia ese día, solamente 15 oficiales pidieron voluntariamente pasar al servicio de España: los periódicos, la misma población argelina y las cartas llegadas de Francia les empujaron a revolverse contra procedimientos que herían su amor propio.

A la vista de los acontecimientos, los comisarios español y francés —coronel Del Valle y comandante De la Rue— juzgaron prudente adoptar una táctica de propaganda: se incitaría a los legionarios a ir con ánimo decidido a España sobre las bases del patriotismo, la política y la camaradería; mostrarían que Francia, que había hecho un Tratado en parte ejecutado por Inglaterra y Portugal, faltaría a sus compromisos si la legión extranjera no partía para España. Les expondrían que la guerra hecha por M.* Cristina contra D. Carlos tenía por fin defender instituciones queridas por Francia y, en fin, les harían ver que la negativa de la legión rompería para siempre la carrera militar de todos los extranjeros que la estaban sirviendo y que marcharían sin sus pagas.

Estas razones, sentimentales y prácticas, parece que movieron las voluntades de los legionarios a marchar animosamente. El 27 de julio se efectuó la partida.

LA LEGION EXTRANJERA EN ESPAÑA. PRIMERAS ACCIONES

El 17 de agosto desembarcó la legión en Tarragona. Azan señala que fueron acogidas las tropas con entusiasmo y que las calles se llenaron de aclamaciones²⁵.

²⁵ LICHNOWSKY, en sus *Recuerdos de la guerra carlista*, vio desde otro cristal la legión:

«Este cuerpo de 6000 hombres había sido vendido por Francia a España como un rebaño sin voluntad y sin destino.

Un buen día fueron embarcados en Orán y tomaron tierra en las costas de Cataluña. Su jefe, el general Bernelle, retuvo una parte del sueldo de cada soldado y con este dinero organizó tres escuadrones.

Los sujetos nada recomendables de todas las naciones que formaban esta tropa eran los verdaderos 'lansquenets' de la época.

Con la historia de estos hombres, desertores unos y otros abrumados con algún crimen que los había desterrado de su patria, se hubiera podido urdir la trama de una novela fecunda en escenas atroces, en sucesos trágicos, en aventuras de filibusteros.

Muchos de ellos se habían encontrado dondequiera que desde hace veinte años hubiera silbado una bala en el nuevo o en el viejo continente.

Argel, Bélgica, don Pedro, don Miguel, la Legión Extranjera, Brasil, las repúblicas de América del Sur, las colonias holandesas, la insurrección de Polonia, los alborotos de Italia. Mahomet-Alí, la guerra de Grecia, los disturbios de Senegal y la campaña inglesa en la India, sin exceptuar Ab-del-Kader, todos los acontecimientos que

Sin embargo, el Gobierno español se mostró insatisfecho: el 8 de septiembre, el duque de Frías presentó un extenso memorándum al presidente del Consejo de Ministros francés, sobre una minuta de Martínez de la Rosa, intentando de nuevo, probar la necesidad de una formal intervención francesa. Concluía: «En una palabra, si no acude la Francia a la defensa del trono de la reina doña Isabel II en esta cuestión de 'vida o muerte' para la monarquía, a más de los peligros que la amenazan para en adelante, queda responsable ante la posteridad de todas las calamidades que van a caer sobre una nación vecina y aliada suya, y de todas aquellas que, corriendo el tiempo, trastornaren a la Europa entera empeñándola en guerras y revoluciones, cuyo fin no verá la generación presente ni tal vez la venidera».

La contestación del ministro de Negocios Extranjeros francés, escrita a los pocos días, era respetuosa y diplomáticamente clara:

«El Gobierno del Rey ha tomado en seria consideración el memorándum presentado por el señor embajador de España, con objeto de probar la conveniencia y la necesidad de una ocupación de tropas francesas en las Provincias Vascongadas. El Gobierno no ha hallado en los argumentos en que se funda un motivo suficiente para acceder a lo que ha negado ha tres meses con motivo de una petición semejante. *El Tratado de 22 de abril de 1834, y los artículos adicionales de 18 de agosto, tienen únicamente por objeto, en lo perteneciente a España, impedir las tentativas del Pretendiente contra el trono de la reina Isabel.* No puede decirse que la cooperación indirecta acordada con este fin a las tropas de S. M. C. por sus aliados, haya sido ineficaz. En efecto, bien sea que la naturaleza del terreno y la situación particular de las Provincias Vascongadas hayan permitido al Pretendiente prolongar hasta hoy un estado de guerra, que puede que no ceda sino con la acción del tiempo, secundado por un conjunto de medidas hábiles y prudentes, es hoy en día también evidente que este príncipe aislado de todo apoyo exterior y reducido a sus propios recursos que se agotan de día en día, no está en posición de intentar ningún golpe decisivo y que no podrá sin exponerse a una ruina casi segura salir del estrecho círculo en que pelea quince meses hace. Su presencia en España es, sin duda alguna, el origen de muchos desastres particulares pero no amenaza de manera alguna la existencia del Gobierno de la Reina. En este estado de cosas, *hoy menos que nunca es la oca-*

estos hombres recuerdan habían tenido o reclutado sus representantes en la legión extranjera; y los episodios que se podrían citar de la vida de estos vagabundos iría más lejos que lo que la imaginación de los novelistas modernos ha podido crear de horrible y de inverosímil.

La mayor parte eran alemanes, de las provincias renanas y de Suabia.»

(LICHNOWSKY, Félix: *Recuerdos de la guerra carlista.* Trad. de AZCONA, José M. Madrid, 1942, pp. 68-69.)

sión de una determinación tan grave, tan fecunda para los dos países con consecuencias casi incalculables como sería el mandar un ejército francés al territorio español. Esto manifestado, el Gobierno no se ceñirá más que indirectamente a las estipulaciones convenidas el año último, de otro modo sería separarse de estas estipulaciones relativas únicamente a don Carlos el poder hacerlo aplicable a una clase de hechos que los negociadores no previeron. No es admisible esta interpretación: los intereses de la política francesa, los de la nación española, tan celosa por su independencia y tan contraria a toda mezcla de extranjeros en sus asuntos interiores, rechazan igualmente un sistema semejante y el Gobierno francés cree que sería desconocer sus intereses en lo más esencial, el dar a las cláusulas del Tratado de 22 de abril la extensión indicada en el memorándum de S. E. Aprovecho etc.»²⁶.

Los primeros meses de la legión se desarrollaron en Aragón y Cataluña. Apenas intervino en conflictos y su misión, mientras se adaptaba, se redujo a labores de protección.

El 23 de diciembre, el general Bernelle recibió orden de unirse al ejército del norte y de marchar inmediatamente a Pamplona con su división. Se disponía a partir cuando una contraorden de Córdoba le llevó a fortificarse en Sangüesa para evitar que una supuesta columna carlista penetrara en Aragón; cumplida la misión, el 4 de enero de 1836, el general dejó Sangüesa y con sus cinco batallones se encaminó hacia Vitoria.

El plan de Córdoba para la legión era que atacase las líneas enemigas emplazadas en la cadena de Arlabán al norte de dicha ciudad: esperaba atraer así las fuerzas carlistas y liberar San Sebastián asediada desde el principio del año. El 16 de enero el ejército constitucional salió de la capital alavesa dividido en tres columnas: Espartero por la izquierda se dirigió a Villarreal, Bernelle, en el centro, sobre la ruta de Salinas y Evans, por la derecha, debía atacar el palacio de Guevara. En la acción de Arlabán, la victoria fue de los constitucionales pero el tiempo —niebla y nieve— obligó a ambos contendientes a retirarse a sus bases de partida.

A fines de mes, Córdoba destinó la legión a un nuevo tipo de operaciones con los carlistas: se establecería en Pamplona para guardar la línea de Pamplona a Eugui. Tal plan puramente defensivo, aseguraría las comunicaciones entre España y Francia, protegiendo los valles favorables a la causa constitucional, y obligaría a los batallones rebeldes que operaban en Ulzama a tener que aprovisionarse sobre el terreno. El motivo de este cambio lo explica Córdoba: «pese a la buena disposición de las tropas, poco

²⁶ PIRALA, A.: *Historia de la guerra civil*. Madrid, 1868, t. II, pp.585-586.

Nota: El subrayado es del autor de este artículo.

acostumbradas a las grandes marchas que requiere nuestra guerra, era muy inferior su movilidad a la de nuestros soldados y perjudicaba, por consiguiente, a las operaciones rápidas y continuas de un género de campaña tan especial como el de las Provincias Vascongadas. No era posible destinarlas a obras solas y desembarazadamente en atención a su corto número, a que no tenían ni la costumbre ni la obligación de sufrir las grandes privaciones que acompañan siempre en aquel terreno las operaciones activas, a que les faltaban aquellos hábitos particulares que se requieren en nuestra lucha; y fue prudente, fue preciso colocarlas en situación estacionaria. Así es que casi siempre estuvieron, con otros muchos batallones españoles, ocupadas en construir y defender las importantes líneas de Zubiri, donde hicieron señalados servicios y rechazaron con gloria los ataques reiterados y porfiados con que los rebeldes intentaron oponerse a aquella interesantísima empresa...»²⁷.

El 5 de febrero llegaron los cinco batallones a Pamplona después de haber dado un gran rodeo: por Puebla, habían alcanzado el Ebro en Haro, bajado por Cenicero, Logroño y Agoncillo hasta Lodosa y de ahí por Larraga y Tiebas a Pamplona. Bernelle les felicitó: «Cumplo con un sentimiento de bondad testimoniando a la división bajo mis órdenes, mi satisfacción de verla en España, como en Africa, bella de sacrificio, de bravura y de esta abnegación de sí misma que ha caracterizado siempre a los ejércitos franceses. Después de haber recorrido Cataluña y Aragón y vencido en muchos encuentros a los enemigos del Gobierno del que somos defensores, esperaba, soldados de la legión extranjera francesa, veros combatir con ventaja a los navarros rebeldes. Mi esperanza no se ha visto decepcionada en las montañas de Arlabán, donde habéis hecho prueba de esta intrepidez que hará siempre huir ante vosotros a esos batallones enemigos de las libertades legales. Bravos en el combate, habéis mostrado también durante las penosas marchas a Vitoria y de Vitoria a Pamplona esta resignación y esta fuerza de espíritu que esperaba de vosotros»²⁸.

La línea ocupada por la legión desde Pamplona a Eugui estaba jalonada por las aldeas de Zabaldica, Zuriain, Larrasoaña, Zubiri y Saigós, comprendiendo además puntos situados al este de Eugui, ya en los Pirineos: Viscarret, Burguete y Valcarlos. Las tropas, de febrero a junio de 1836, no mantuvieron acciones de importancia pero fueron probadas frecuentemente por los carlistas. El 15 de abril, la legión estaba emplazada así: el cuartel general se hallaba en Larrasoaña junto con la caballería que no tenía sino tres

²⁷ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Luis: o. c. pp. 60-61.

²⁸ BERNELLE y COLLEVILLE: *Histoire de l'ancienne légion étrangère, créée en 1831, licenciée en 1838*. París, 1850, pp. 288-289.

oficiales y 80 hombres y la artillería con 2 oficiales, 35 hombres y 110 mulos. Los seis batallones sumaban más de 500 hombres repartidos, de NE a SO, de este modo: el 1.º en Zubiri, el 2.º el Urdániz, el 3.º y 4.º en Larrasoaña, el 5.º en Zuriain y el 6.º en Zabaldica y Anchóriz, en tanto que la sección de reserva y ambulancia quedaba en Larrasoaña y el depósito general en Pamplona.

Aparecía la legión con efectivos más numerosos —seis batallones— **que** cuando desembarcó en Tarragona, aunque hubiera perdido para entonces 117 hombres en los campos de batalla y tenido 380 muertos a consecuencia de heridas y enfermedades, por haber recibido de Francia cerca de 200 voluntarios y 600 hombres provenientes de Tolón y Argelia a los que se habían unido 264 voluntarios de Suarce y 179 más que se habían incorporado individualmente. Por otro lado, este cuerpo en ocho meses no había tenido más que 83 desertores²⁹.

El general Córdova hacía **todos** los esfuerzos posibles por incrementar las fuerzas de Bernelle: en el momento que tratamos, había gestionado la ayuda de 500 lanceros polacos que deberían unirse a la legión. Bernelle había aceptado el proyecto con entusiasmo porque desde su llegada a Tarragona venía reclamando una caballería del Gobierno español. Que fueran polacos tenía su explicación: muchos de ellos se hallaban con problemas en Inglaterra, Trieste o Francia y necesitaban una salida.

En abril de 1836 se pudo empezar a equipar 120 hombres; esta caballería llevaba la escarapela tricolor y Bernelle escribía con orgullo que se parecía un poco a los lanceros polacos de la antigua guardia imperial. En el ínterin, los carlistas hostigaron a las tropas que guardaban la línea de Zubiri acercándose peligrosamente al cuartel general de Larrasoaña.

El 25 de abril, Bernelle mandó cortar un bosque, en el que se ocultaba el enemigo, para atacar un blocao sin demasiado fruto porque el destacamento encargado de hacerlo fue hostigado y hubo de volver a Larrasoaña. Al día siguiente, los carlistas se situaron en las alturas de Tirapegui —en frente del blocao— y Bernelle destacó tres compañías con la misión de vigilarlos sin entrar en combate; sin embargo el encuentro fue inevitable y durante seis horas se prolongó la lucha retirándose finalmente los legionarios al cuartel general con 90 bajas.

En mayo, el ejército carlista parecía estar pasando un momento de impotencia, cosa que aprovechó Bernelle para insistir al general Harispe sobre una intervención francesa que acabase la guerra sin arriesgar demasiado. «Momento más favorable no puede presentarse para hacer una demostra-

29 AZÁN, O. C., p. 178.

ción del lado de Francia: estoy persuadido, y las personas que conocen la posición del país —concretamente el general en jefe— comparten mi opinión al respecto, que si pasaseis la frontera con 12000 hombres, los nueve décimos de la facción se desbandarían... Si hemos de hacer algo por el país y el mundo civilizado, hagámoslo»³⁰.

Pero como el pensamiento francés era de no intervención, procuró Bernelle atraerse algún inspector que observara su labor para poder, por lo menos, obtener refuerzos que llenaran los vacíos producidos por la guerra. Con este fin llegó en la segunda quincena de mayo el jefe de escuadrones del Estado Mayor, Senilhes, y el jefe de la legión hizo especial hincapié en que inspeccionara la organización de los lanceros polacos para dotarla de una batería de artillería, compañías de depósito, ambulancias e instrucción de reclutas. Francia pareció dispuesta a apoyar de modo extraoficial. Fue coincidente la visita con la nueva reorganización de las tropas de la Reina operantes en Navarra y Vascongadas: según ésta, el ejército del Norte quedaría formado por tres cuerpos con otras tantas divisiones de reserva: el de la derecha o de Navarra, el del centro o de Alava y el de la izquierda o de Cantabria. Las divisiones de reserva se situarían en la Rioja para el cuerpo de la derecha, en Burgos y Soria para el del centro y en las Encartaciones y provincia de Santander para el de la izquierda. Bernelle fue elegido para mandar el cuerpo de Navarra que reuniría a más de 8.000 hombres incluida la legión extranjera³¹.

El objetivo carlista seguía siendo atravesar la línea de Zubiri por lo que a fines de mayo hubo de salir Bernelle con cuatro batallones, 4 cañones y 70 lanceros en busca de aquellos que parecían marchar hacia Burguete: fueron obligados a huir pero lograron quemar 30 casas en Garralda. Como en junio volvieron a atacar los puestos fortificados de los alrededores de Larrasoña, siendo rechazados en las jornadas de los días 24, 26 y 27, en julio la legión no había dejado la línea Pamplona-Pirineos. El día 3, Bernelle recibió de Córdova la orden de trasladarse al sur de Pamplona para vigilar a los carlistas que se dirigían sobre el río Arga, pasando por Estella. Sin embargo, no fue más que una diversión porque el ataque se produjo por el norte y Bernelle hubo de volver para acudir en apoyo del brigadier Clonard que se las veía con fuerzas enemigas considerables. Después de varias aler-

30 Cit. en AZÁN: o. c., p. 184.

31 El cuerpo de operaciones de Navarra lo formaban 250 jinetes, 4 batallones españoles de 1.000 hombres cada uno, dos compañías de ingenieros, 12 piezas de montaña servidas por 120 hombres y los 900 hombres —infantería y caballería— del cuerpo de Iriarte. La legión francesa era parte del mismo con cuatro batallones porque los dos restantes quedaban en el valle de Roncesvalles custodiando las comunicaciones con Francia. (N. del A.)

tas y confidencias, Bernelle fue avisado de nuevo de que los carlistas intentaban bloquear Puente la Reina. El general pernoctó el 17 en esta población con los seis batallones de la legión, saliendo el siguiente día, por Larraga, al encuentro, en Oteiza, de la división de la Ribera; pero este movimiento no tuvo resultado alguno.

En los últimos días del mes, cuando Bernelle se preparaba para amenazar Estella y Los Arcos, se produjo en el norte un nuevo ataque carlista contra los puntos fortificados entre Zubiri y Viscarret: la legión logró con éxito rechazar al enemigo hacia Saigós dispersando a sus 16 batallones³².

MAS REFUERZOS FRANCESES

Desde mayo, Francia preparaba la ayuda a Bernelle habiendo dispuesto que de la nueva legión extranjera que se estaba formando en Pau, marcharan a España los que voluntariamente lo desearan. Cuando en julio el mariscal de campo Jacobi pasó revista a 655 suboficiales y soldados, pidieron entrar en servicio de España un sargento mayor, un sargento, cuatro caporales, un caporal tambor, un tambor y 81 fusileros que fueron inmediatamente enviados a Valcarlos.

Tal refuerzo era insuficiente y el ministro francés comprendió que debía recurrir a otros medios para aumentar la legión hasta los 4 ó 5.000 hombres y el más práctico pareció una llamada a la buena voluntad de los oficiales, suboficiales y soldados del mismo ejército francés. El reclutamiento se haría parte en Francia y parte en Argelia para lo cual el ministro envió una nota a los directores y jefes de servicio advirtiéndoles de las medidas que iban a ser tomadas: el batallón de la nueva legión extranjera que se organizaba en Pau, sería cedido a España menos dos compañías que quedarían para formar el depósito del cuerpo; la cesión se haría en las mismas condiciones que en 1835 y no vincularía más que a los militares del batallón que consintieran en partir. Además, todos los franceses que lo quisieran podrían servir a España: se dirigiría una llamada a los batallones de infantería ligera de Africa, e incluso a las tropas indígenas, extendible posteriormente a los otros cuerpos de ejército, y a los militares en permiso ilimitado de las 9.^a, 10.^a, 11.^a, 20.^a y 21.^a divisiones. Los franceses que se incorporaran serían trasladados a Pau y permanecerían en la base de la legión hasta su traslado a la península.

Como el ministro había establecido que cada suboficial o soldado que pasase a este nuevo cuerpo recibiría una prima de 30 francos y que las cam-

³² Cit. en AZÁN, O. C, p. 197.

pañas en España así como las heridas recibidas, contarían para la retirada; para el 28 de julio de los 500 hombres del batallón de la nueva legión de Pau, 400 habían solicitado partir así como todos los suboficiales y la mitad de los oficiales y ello a pesar de que el comandante Bedeau, nombrado jefe del batallón, se había negado a todo ofrecimiento.

Parecido entusiasmo se manifestó en las diferentes divisiones: tal fue el caso de Bayona donde de sus dos regimientos se enrolaron 500 hombres, pese a que los generales se mostraron reacios a estas medidas por temer que la partida de tanto voluntario fuera perjudicial para el resto de las tropas³³.

Hacía dos meses que el general Harispe intentaba sustituir al coronel Bernelle por Conrad en el mando de la legión; por lo menos eso parece desprenderse de sus frecuentes cartas al ministro donde aprovechaba para atacar a uno y ensalzar al otro.

Tales maniobras dieron sus frutos y el 3 de agosto le fue comunicado a Bernelle que podía regresar a Francia cuando juzgase oportuno; le sucedería Conrad.

Aprovechó también Harispe esta situación para estudiar, desde su cuartel en los Bajos Pirineos, los detalles de la nueva reorganización de las tropas francesas en la península: era conveniente poner a la cabeza un general que tuviera bajo sus órdenes dos cuerpos de infantería de cuatro batallones cada uno, un cuerpo de caballería (de 5 escuadrones) y dos baterías. El primer cuerpo de infantería estaría constituido por la antigua legión extranjera y el segundo por la nueva que se estaba preparando en Pau; al frente de estas tropas sería colocado el coronel Lebeau que recibiría el grado de general.

Era precisa una sólida estructura, máxime cuando las tropas de Africa mostraban un deseo más vivo todavía que las de Francia por pasar a guerrear en España. La llamada dirigida al primer batallón de Infantería Ligera de Africa dio resultados satisfactorios apuntándose 3875 hombres de la sola provincia de Orán³⁴, de modo que el ministro hubo de calmar el celo limitando el reclutamiento a los solos batallones de Africa con exclusión de los demás cuerpos acantonados en Argelia: la cifra definitiva de los vo-

33 Decía el general Barón de Lejeune: «Si se dejara partir a todos los suboficiales y caporales que lo piden, habría aquí una desorganización casi completa: ciertas compañías no conservarían un solo caporal».
(Carta de 1.º de agosto de 1836. Cit. en AZÁN, O. C, p. 209.)

34 Carta de Chassecoup-Laubat al ministro de Guerra francés en 9 de agosto de 1836. Cit. en AZÁN, O. C, p. 212.

luntarios del primer Batallón de Africa quedó en 628 hombres y el de los 2.º y 3.º batallones en un total de 1000 hombres.

En tanto, los voluntarios del batallón de la legión extranjera con guarnición en Pau se hallaban prestos para partir desde los primeros días de agosto y el 16 de ese mes 423 suboficiales y soldados dejaron dicha ciudad bajo el mando de Conrad para entrar en España.

La «infantería voluntaria» procedente de regimientos franceses y africanos empezó a ser numerosa y por el mismo tiempo que Conrad había salido hacia la península, contaba con más de 4.400 hombres. Pero lo que se estaba formando en Pau no era ya una legión extranjera sino una división compuesta de soldados franceses, y aunque los voluntarios desde un principio pretendieron conservar la nacionalidad, el Gobierno decretó que se llamara también «legión extranjera», para no verse mezclado en los problemas internos de España, afirmando que lo único que pretendía era el sostenimiento de la realeza constitucional y, como se trataba de apoyar el «juste milieu», lo hacía en favor de M.^a Cristina, retirándose en el momento en que vencieran los carlistas o los liberales exaltados.

Se preguntaba el diario parisino «La Quotidienne» en 11 de agosto: «Si Cristina perdiera la partida, ¿el cuerpo de la legión extranjera debería servir de auxiliar a los sublevados de Zaragoza, que los amigos de la Regencia llaman 'facciosos' como a los carlistas, o debería luchar bajo las banderas de Carlos V para combatir la anarquía? Desaparecido el justo medio no será posible rehacerlo y esta dificultad no se resolverá reclutando una nueva legión»³⁵.

La cuestión era oportuna no sólo por salir al paso del planteamiento del Gobierno francés sino por el momento especialmente difícil que estaba pasando la Regente. En los últimos días de julio había estallado la insurrección del partido exaltado en Málaga y extendida, luego, a toda Andalucía que se sustrajo a la autoridad central, proclamó la Constitución y reunió Juntas. Poco después se habían declarado independientes Aragón, Extremadura, Levante y Cataluña y el 12 de agosto se había producido la sublevación de sargentos de La Granja que Tuñón de Lara considera no como un hecho aislado, «un pronunciamiento de las clases de tropa», sino como algo que respondía a un movimiento popular triunfante en la mayoría de las capitales³⁶.

Tras el motín de la guardia real, la Corona y los moderados había tenido que recurrir a los progresistas para salvar la situación: M.^a Cristina

³⁵ Cit. en AZÁN, O. C., p. 215.

³⁶ TUÑÓN DE LARA, M.: *La España del siglo XIX*. 4.º ed., Madrid, Laia, 1973, p. 90.

firmó el decreto de reconocimiento de la Constitución de 1812 y Calatrava formó Gobierno con Mendizábal, como ministro de Hacienda, y Joaquín María López en Gobernación.

Para los franceses del «justo medio», los sucesos de La Granja supusieron un brusco frenazo en su interés por mandar efectivos a España y el Gobierno de Luis Felipe pensó que el nuevo estado de cosas caminaba hacia el liberalismo integral. El 17 de agosto, el ministro francés de la Guerra telegrafió al general Harispe diciéndole que los acontecimientos de España habían decidido al Gobierno a suspender el envío de los refuerzos destinados a la legión y a acantonar en la frontera a las tropas 'auxiliares' que fueran llegando a Pau porque «estaba en la absoluta obligación de estudiar la nueva fase de la revolución española y de esperar los acontecimientos antes de enviar a Navarra auxiliares que pudieran hallarse gravemente comprometidos en medio de la lucha de las facciones»³⁷.

Las unidades voluntarias que seguían desembarcando en Marsella recibieron órdenes de volver incluso sin tocar tierra. El ministro telegrafió de nuevo a Harispe para pedirle el efectivo del cuerpo de ayuda entrado en España y el de los hombres reunidos en Pau. La respuesta fue que, además de los 423 suboficiales y soldados de la primera legión extranjera entrados en España con Conrad, 102 soldados del mismo cuerpo debían atravesar la frontera el 4 de septiembre. En cuanto a las tropas de Pau, el efectivo se descomponía en:

- 1.º legión extranjera = 217 hombres.
- 2.º legión extranjera o infantería voluntaria = 2.009 hombres.
- Caballería = 131 hombres.
- Artillería = 175 hombres.

Además eran esperados 76 hombres del 11.º de Cazadores y algunos destacamentos de infantería.

37 En carta de 18 de agosto de 1836. Cit. por AZÁN, P.: o. c. p. 217.

Lo cual suponía que Luis Felipe tampoco daría oídos a una petición de ayuda carlista. La opinión que el Rey de Francia tenía del Pretendiente quedó manifestada en un oficio de D. Pedro Gómez Salvador, fechado en París el 6 de diciembre de 1836, dirigido a D. Juan Bautista Erro: «Luis Felipe y los demás soberanos tienen la opinión de que S. M. restablecerá la Inquisición, y dará al clero en las materias de política y gobierno del reino, una influencia que sería la ruina del país: así como sería un escándalo y un sacrilegio que los legos se entrometieran a decidir los artículos de la fe y a confesar y administrar los demás sacramentos, sería igualmente un escándalo y una calamidad pública que el clero se mezclase en dirigir la política y el gobierno del Estado sujetando toda una nación a las reglas estrechas de una comunidad de frailes o de un cabildo de clérigos».

(En PIRALA, A.: o. c. t. III, p. 461.)

La decisión del Ministro fue tajante: «Le prohibo formalmente hacer entrar un solo hombre en España sin orden ulterior de mi parte o de mi sucesor. Estoy admirado después de lo que le he mandado al respecto, que haya creído poder autorizar el envío a España de destacamento alguno. Dé inmediatamente la contraorden a esos 102 suboficiales y soldados»³⁸.

Estas rigideces reflejaban los diversos pareceres del alto mando: mientras Thiers era partidario de la cooperación armada, Luis Felipe había mostrado poca simpatía por esta política. Al cabo, la disolución por el Rey de todos los cuerpos reunidos en Pau llevó a Thiers, presidente del Consejo de Ministros francés, a dimitir antes de modificar su línea de conducta con respecto a España por lo que en septiembre cedió su puesto a Molé³⁹.

En definitiva, solamente el batallón de Conrad fue refuerzo real para la legión que estaba en España de todo el cuerpo de voluntarios que se había preparado y eso porque para cuando se dio la contraorden ya se encontraba en el campo de operaciones⁴⁰.

LA LEGION EXTRANJERA DE CONRAD

Con la llegada de Conrad vino la dimisión de Bernelle: pese a haber sido acusado de malos tratos a las tropas, parece ser que el motivo fundamental fue su mujer. Un oficial había escrito al general Córdova desde Villava en julio de ese año: «No hay nadie que no murmure contra esta dama: el soldado, el oficial, el francés, el extranjero, los amigos, los indiferentes, todos sin excepción la detestan y maldicen. Sin duda hay exageración, como sucede siempre en circunstancias semejantes, pero no puede negarse que su presencia en el cuerpo será una de las causas próximas de la pérdida de esta legión». Su influencia debía ser decisiva tanto para nombrar a los del Es-

38 Carta de 31 de agosto de 1836. En AZÁN, O. C, p. 219.

39 El Marqués de Miraflores afirma que M. Thiers desde octubre de 1835, dada la ineficaz ayuda ofrecida por Francia, había intentado organizar una nueva legión en Pau de 20.000 hombres que debería unirse a la de Argel.

El proyecto, elaborado a espaldas del rey, fracasó y Thiers hubo de dimitir. MIRAFLORES, M. de: *Memorias del reinado de Isabel II*. T. I, p. 97.

40 Numerosas veces protestó D. Carlos de los refuerzos extranjeros; en un comunicado escrito unos meses antes —en abril— a sus agentes en París, Londres y Viena les había prescrito que «con su acostumbrado tino y acreditado celo por su real servicio, manifestaran a los embajadores y ministros de las potencias del Norte en esa Corte, que la intervención, por más que se quiera disimular, se va ya haciendo casi directa y que si su Gobierno no fija la atención más seria sobre estos hechos, la Inglaterra y la Francia, aprovechándose de su indiferencia, vendrán a hacer inútiles todos los esfuerzos del rey N. S. para destruir la revolución que si no se contiene en España pondrá en gran peligro a todas las monarquías».

(Cit. en PIRALA, A.: o. c, t. III, p. 462.)

tado Mayor como para los castigos; la intervención de esta mujer había indisputado a Conrad con Bernelle y provocado su partida, creando en la legión una corriente hostil contra éste.

Se despidió Bernelle de la legión el 28 de agosto y desde ese momento —señala Azan— la legión decayó pero más que por su partida porque sus días brillantes habían ya pasado y los refuerzos llegados eran insuficientes. El general Lebeau recibió el mando del cuerpo de operaciones de Navarra, en tanto que Conrad quedó al frente de la legión extranjera.

A los tres días se recibió noticia de que las tropas de Iribarren habían proclamado en Lerín la Constitución de 1812. Y Lebeau escribió a Harispe:

«Mi general: acabo de informarme que las tropas de Su Majestad Católica a las órdenes del brigadier Iribarren acaban de proclamar la Constitución: no emplearé las fuerzas militares, como podría hacerlo, para reprimir tal acto de insurrección. Nuestra misión es combatir a los carlistas, pero si este acto de proclamación, completamente opuesto a las condiciones de alianza de Francia con España, hallara aquí imitadores, mi deber me obligaría a retirarme con las tropas que mando y detener, esperando la respuesta del Gobierno, los auxilios franceses que entran en España para concurrir con las tropas españolas adictas al gobierno de Su Majestad Católica para el aplastamiento de la insurrección»⁴¹.

Sin preocuparse más de los sucesos políticos, Lebeau salió de Pamplona a encontrarse con los carlistas que estaban cerca de Eugui: el choque que se efectuó entre Olagüe y Lanz no tuvo mayor importancia. Cuando llegó Conrad con los refuerzos, la legión estaba falta de víveres y pagas: los soldados no recibían más que una pequeña ración de tocino de mala calidad y nada de vino, y se había publicado una circular impidiendo nuevas inscripciones de polacos.

Durante la segunda parte del año 1836 el teatro de operaciones estuvo en el sur de Pamplona por haberse desplazado el grueso de las tropas carlistas hacia Estella.

Se enteró el general francés —el 28 de agosto— que el enemigo se dirigía al Ebro y decidió partir de inmediato sobre Puente la Reina dejando tres batallones de la legión y un escuadrón en Huarte y Villava para defender la línea de Zubiri. Llegado a Artajona instaló en dicha posición a Conrad con los otros cuatro batallones, dos escuadrones de lanceros y dos piezas de artillería y, quedándose con tres batallones españoles, se unió a Iribarren para cubrir el paso del Ebro. Como los carlistas creyeron que Lebeau iba

41 16 agosto 1836. Cit. en AZÁN: O. C., p. 244.

a atacar Estella, juntaron sus fuerzas cerca de esa ciudad. Lebeau se reagrupó con Conrad y el 14 de septiembre, habiendo recibido órdenes de Oraá, marchó de Sesma hacia las alturas de Arróniz en busca de los carlistas; el asalto de Lebeau por la derecha y de Oraá por la izquierda tuvo éxito y las alturas que dominaban Estella, incluido Montejurra, fueron tomadas por los cristinos. Sin embargo, la acción quedó en eso porque no hubo asalto final a la ciudad.

Volvió la legión a los alrededores de Pamplona el 17 de septiembre con 77 bajas entre muertos y heridos: su situación era tan miserable que Lebeau amenazó al virrey con instalarla en las casas particulares de la ciudad y, ante la inmediata imposibilidad de alimentar y pagar a sus hombres, prefirió el general desembarazarse de los inútiles licenciándolos y reenviándolos a Francia.

El 10 de octubre escribió Conrad al ministro de la Guerra: «El cuerpo bajo mis órdenes no puede subsistir mucho tiempo en el estado lastimoso en que se halla, sin sueldo y sin víveres. La voz de los oficiales será impotente para retener a los subordinados en el deber y se seguirá no sólo la disolución de un valiente y hermoso cuerpo sino también el deshonor de su jefe que, después de treinta años de larga y honorable carrera, habrá sido investido de un mando imposible, ya que no se pone a su disposición ninguno de los elementos de administración necesarios».

Los incidentes se produjeron junto con las deserciones —54 en dos días— y Lebeau seguía a mediados de octubre sin víveres y sin dinero, no queriendo darse por enterados ni el Gobierno francés ni el español. Como los legionarios comenzaron a culpar al general de sus penas, aprovechó Lebeau para pensar en retirarse a Francia: se iría más que por el ambiente bierno francés al prometerle estar al frente de 5.000 hombres bien pertrechados. Esta crisis la aprovecharon los carlistas para ofrecer grandes ventajas a Sarsfield, virrey de Navarra, y a Conrad si cambiaban de bando.

En octubre, los seis batallones, la caballería y la artillería de la legión se hallaban acantonados en Pamplona y en los núcleos de población cercanos: Villava, Cizur Mayor y Menor, Gazolaz y Sagüés. Conrad hubo de hacer esfuerzos por mantener la armonía porque a la tropa se le debían las pagas de los meses de agosto, septiembre y octubre y a los oficiales desde el mes de marzo.

Con la llegada de noviembre, tres batallones de la legión partieron de Pamplona para relevar en la línea de Zubiri a las tropas españolas, mientras que el resto salió con Conrad hacia el sur para unirse a Lebeau que debía efectuar un movimiento de diversión destinado a favorecer los proyectos del

general Espartero para romper el asedio de Bilbao. Lebeau juntó sus tropas con las de Iribarren y el 8 de noviembre, después de haber dividido, en Oteiza, su cuerpo en tres columnas, fue sobre Estella. Se ocuparon las alturas que dominaban la ciudad y se bombardeó su caserío pero con la noche los batallones franceses hubieron de desalojar los montes en desorden ante el contrataque carlista.

Con este vaivén de operaciones ni se ganaba ni se perdía, solamente se recrudecían, aún más, el robo y los incendios; Lebeau escribió a Harispe: «Es imposible hacerse una idea exacta de todos los horrores que se han cometido en cuatro aldeas inofensivas, Villatuerta en primer lugar: no queda de ella más que cenizas; y en las localidades que rodean a Pamplona, se han montado bazares donde se venden los despojos de estas desgraciadas poblaciones. Es una guerra de caníbales»⁴².

Esta fue la última expedición que mandó Lebeau, recibiendo el 16 de noviembre el permiso, dado por la Reina a Espartero, de volver a Francia, siendo sustituido por Clonard en el mando de jefe del ejército centro, en tanto que en la legión auxiliar quedaba como jefe único Conrad, elevado a brigadier.

Desde el primer momento, Conrad expuso las necesidades de la legión a Harispe y Sarsfield aunque sin fruto. Para remediar el mal, tomó la resolución de procurarse, a expensas de los carlistas, los víveres y el dinero que le faltaban: el 21 de diciembre salió de Lerín hacia Allo. La columna en tres horas y media logró recoger en esta villa 60 sacos de trigo y harina y doce rehenes para exigir rescate y pagar a la tropa. Pese a que a la vuelta fue atacada por los carlistas —acantonados en Arróniz, Muniain y Estella—, la legión logró su objetivo teniendo 32 bajas. Con esto pudo sostener a la tropa pero no solucionó el problema. Volvió Conrad a escribir al virrey de Navarra para obtener ayuda y logró unos pocos miles de duros.

En diciembre llegó a Pamplona Senilhes a inspeccionar de nuevo la situación; después de describir el estado de pobreza de la legión al embajador de Francia en España, añadía: «No veo ningún fin posible a la deplorable situación que os intento describir; pues no se puede pensar, sin pecar de iluso, que el gobierno español logre en un determinado plazo los socorros financieros que hoy le faltan para subvenir a los compromisos y a las necesidades más acuciantes de la guerra; las cosas no pueden empeorar más; no he cesado de decir a nuestro Gobierno que había llegado el momento de tomar una decisión con la legión, poniéndole como una necesidad de rigor

42 Carta de 14 de noviembre de 1836. Cit. en AZÁN, O. C, p. 259.

la alternativa de retirar este cuerpo o tomarlo a su cargo, fuera directa o indirectamente»⁴³.

Conrad, por su parte, estaba gastando casi toda su fortuna personal en cenas y fiestas que unieran a sus oficiales; pero el resultado obtenido no fue el esperado sino el contrario, porque los españoles llegaron a concluir que recibía dinero del Gobierno francés y que no había necesidad de darle de los fondos nacionales y los legionarios, a su vez, se convencieron de que existían reservas ocultas en las arcas de la legión.

En la entrada de 1837, no sabía Conrad qué medidas adoptar y esperaba la opinión de Luis Felipe sobre la cuestión española. El 1.º de enero, todos los oficiales subalternos se reunieron sin excepción para dirigir a las Cortes y a la Cámara de Diputados francesa una petición de justicia: expresaron el deseo de que se pusiera término a los sufrimientos de la legión o se la reenviara a Francia. Conrad prohibió el envío de esta reclamación por ser contraria al reglamento militar.

Pero todas las quejas eran estériles porque Luis Felipe y las dos cámaras seguían mostrando hostilidad a toda idea de intervención.

El 27 de diciembre había dicho el Rey en la apertura de la Cámara francesa:

«La península está turbada aún por fatales desgracias. Ocurrencias graves han desquiciado las instituciones en Madrid y Lisboa, y la guerra civil no deja de asolar España. Intimamente unido siempre con el Rey de Gran Bretaña, continúo haciendo ejecutar el Tratado de la Cuádruple Alianza con una fidelidad religiosa y conforme al espíritu que lo dictó. Hago los votos más sinceros por la consolidación del trono de la Reina y espero que la monarquía constitucional triunfará de los peligros que la amenazan. Pero me aplaudo de haber preservado a la Francia de sacrificios, cuya extensión me sería imposible medir, y de las consecuencias incalculables de toda intervención armada en los negocios internos de la Península. Francia guarda la sangre de sus hijos para su propia causa y si se ve reducida a la dolorosa necesidad de llamarlos a que la derramen en su defensa, los franceses no marcharán al combate sino bajo su gloriosa enseña»⁴⁴.

Tal discurso había llevado al marqués de Brézé a tomar la palabra: sin disimular sus preferencias por el absolutismo de D. Carlos había expuesto que si la intervención directa, deseada por el Gabinete anterior —de Thiers—, era un método nefasto, no presentaba menos peligros la intervención indirecta

43 En AZÁN, o. c. p. 272.

44 PIRALA, A.: o. c. t. IV, p. 451.

que mantenía el gabinete Mole. En ambos casos Francia sostenía «las ideas y los principios revolucionarios; por otro lado, el tratado de la Cuádruple Alianza servía únicamente a los intereses comerciales de Inglaterra»⁴⁵.

El conde de Mole, presidente del Consejo, le había respondido refiriéndose al texto mismo del Tratado y, releyendo a la tribuna el pasaje en el que se decía que el objetivo era «contribuir al establecimiento de la paz de la península como en las otras partes de Europa», había señalado que dicha paz no se podría obtener más que con la expulsión del Pretendiente y resumido así la política seguida por Francia en los meses precedentes: a fines de marzo de 1836, Inglaterra había propuesto a Luis Felipe no la intervención propiamente dicha sino la ocupación por Francia de puntos importantes. El gabinete Thiers, después de sopesarlo, lo había rechazado respondiendo que todo envío de tropas, en el estado en que se hallaba España, no haría sino comprometer más a Francia. Después, había modificado esta opinión destacando un agente a Madrid con la misión de ofrecer una cooperación al margen de los tratados. Y aquí Luis Felipe se había echado atrás. Mole había acabado explicando las razones de la caída del Gabinete Thiers:

«Proponía una cooperación que, en mi opinión, hacía aceptar a Francia la responsabilidad de la política interior de España. No creo decir mucho afirmando que en el mismo gabinete hubo división. Comprenderéis ahora por qué se ha retirado y por qué le hemos sustituido. Hemos llegado porque nuestra política es ayudar al gobierno de la Reina Cristina con todo el peso de nuestra influencia y conforme a los tratados pero sin aceptar la responsabilidad de la política interior de España. Ante todo, señores, somos franceses y no queremos unir nuestro país a una cuestión de la cual pudieran seguirse tan grandes sacrificios. Si hubiéramos comenzado, sería necesario acabar; nos importa ante todo que Francia no haga nada que no sea digna de ella. No queríamos obligarla a mantener un ejército considerable en España cuando nos es necesario mantener otro en Africa; no queríamos pedir al país sacrificios sin término para un objetivo incierto. Nos acordábamos de 1809 y 1823: he ahí nuestra política»⁴⁶.

Hubo opiniones de no abandonar a España pero el presidente del Consejo respondió, con la aprobación de la mayoría, que no aceptaría nunca un sistema de cooperación que pudiera desembocar en una intervención⁴⁷.

A la pregunta del marqués de Brézé de por qué las cuentas presentadas por los ministros desde 1834 no incluían ni intereses ni el reembolso

45 «Le Moniteur Universel», 10 enero 1837.

46 «Le Moniteur Universel», 10 enero 1837.

47 Idem, ídem.

inicial de los 47 millones que España debía todavía a Francia de la expedición de 1823, Mole había contestado que se pretendía aliviar las cargas de España como prueba de amistad hacia el Gobierno de la Reina.

El mariscal Soult había añadido, antes de poner fin al tema, que la legión resultaba ser un cuerpo «semi-francés» ya que ni era española, porque tenía mandos franceses, ni francesa porque había mandos españoles; todo lo cual hacía que la postura de un francés en medio de un país agitado fuera siempre comprometedor para Francia y que enviar hombres a España no sería sino llevarlos, a fin de cuentas, a la escuela de la revolución⁴⁸.

En la Cámara de los Diputados la discusión había sido mucho más viva y durado cinco días. Thiers y Passy habían sostenido que la intervención sería fácil y eficaz porque España no era más de lo que había sido a principios del siglo, porque había llegado al «justo medio» y porque era deseado el apoyo de Francia. Se había propuesto una enmienda destinada a modificar la redacción del escrito del rey en el sentido de dejar subsistir la posibilidad de una intervención en lugar de declarar que había allí un inmenso peligro; la enmienda había sido rechazada con lo que la causa de la intervención directa resultó definitivamente derrotada.

El discurso del Rey y su debate consecuente, produjo en España viva emoción. Senilhes no se admiró y, aunque pensaba que la línea de conducta más racional para Francia consistía en no intervenir más que por las vías diplomáticas ordinarias, afirmó que en esas condiciones un cuerpo francés no debía permanecer al servicio de España. Harispe creyó lo mismo y propuso al ministro solicitar del Gobierno español el pago de un millón de francos en sueldos atrasados y llamar a la legión en caso de no recibir respuesta.

Conrad, sin embargo, siguió arbitrando los medios de reorganizar su legión con el apoyo de Francia; para ello envió al ministro de la Guerra de Madrid un estudiado proyecto de reclutamiento basado en enviar oficiales a las ciudades más populosas de Francia y a las ciudades fronterizas con Alemania y Bélgica que recogieran el número necesario de hombres.

Los efectivos disminuían y en febrero el estado era el siguiente: había en infantería 196 oficiales y 3467 suboficiales y soldados; en caballería 39 oficiales y 284 suboficiales y soldados. En total: 239 oficiales y 3841 suboficiales y soldados. Pero 400 hombres iban a licenciarse de inmediato —de ellos 100 habían repasado ya la frontera— y en fechas sucesivas el número de licenciables sería de 300 al mes⁴⁹.

48 «Le Moniteur Universel», 11 enero 1837.

49 Carta de 16 de febrero de 1837. Cit. en AZÁN: O. C, p. 288.

ULTIMAS ACCIONES DE LA LEGION

En enero de ese año de 1837, había estallado un motín en Artajona: los soldados se negaron a hacer la instrucción pidiendo permisos, sueldos atrasados y comida. En un cuerpo que se había destacado siempre por su disciplina el hecho tuvo importancia y Conrad escribió a Harispe: «La suerte está echada, mi estrella ha palidecido; las cosas han venido al punto donde debían llegar por el abandono en que el Gobierno español ha dejado a la brava legión...»⁵⁰.

Aunque Harispe respondió a Conrad enviándole capotes, camisas y alpargatas, éste escribió al Ministro de Guerra español solicitando regresar a Francia.

Llegó la petición en un momento de euforia isabelina: después de la acción de Luchana, el sentir general militar era que se estaban dando los condicionantes para abandonar una vergonzosa defensa, «cesar en la ocupación de las dilatadas líneas, excepto los puntos de reconocida utilidad; reforzar el ejército de Navarra para que operando por la izquierda del Bidasoa, hacia el Ebro, impeliese al enemigo a abandonar su centro de operaciones en Guipúzcoa, debiendo dar por resultado, según S. E. —Espartero— la incomunicación de los carlistas con Francia, la ocupación de Hernani; que las fuerzas liberales de la derecha se unieran con las inglesas para operar sobre Tolosa y el corazón de Guipúzcoa; la casi seguridad de obligar a Don Carlos a alejarse de la frontera y aun a abandonar a España, la deserción de los carlistas al verse fuera de su país y, finalmente, aprovecharse de los recursos que aquellos sacaban del país»⁵¹.

Sarsfield, por cuenta propia, elaboró un plan de puesta en práctica que dio a conocer al Gobierno hallando buena acogida. La acción, aunque no acabara con D. Carlos, contribuiría a desacreditar su causa ante Europa: si se demostraba, creía el virrey, que el Pretendiente no tenía punto seguro de residencia y que lo mismo Oñate que Estella podían ser en cualquier momento ocupados por el ejército isabelino, su partido perdería prestigio en el interior y en el exterior. Por otro lado, después de Luchana, la ocasión era propicia.

Se trataba de un ataque envolvente al reducto carlista en el que Sarsfield amenazaría por Lecumberri, Evans atacaría las líneas de Hernani y Espartero caería sobre Oñate. La entrada en esta población no sólo produ-

50 Carta de 19 de enero de 1837.

51 PIRALA, A. : o. c. t. III, p. 607.

ciría alarma y espanto sino que los partidarios del Pretendiente, al ver un porvenir incierto, abandonarían las provincias vascas. El problema era la cuestión de los recursos: se necesitaban muchas sumas de dinero para penetrar y mantenerse con tantos hombres en el país enemigo. Pero como el Gobierno lo había ya anunciado a las Cortes como algo tanto tiempo esperado, comenzó a instar su ejecución.

Se envió al diputado coronel del Valle para que examinase el estado de las tropas y acelerase las operaciones. Con respecto a la legión, puso éste interés por saber si el Gobierno francés cargaría con su mantenimiento; la respuesta que recibió fue ambigua, de no compromiso, aunque enviando efectos.

Madrid empezó a inquietarse porque no se señalaba un día para el comienzo del avance y la opinión pública lo estaba exigiendo. Todavía en período de preparación, se instó a Sarsfield a que tomase la iniciativa y éste, apremiado, fijó la fecha en el 11 de marzo.

Con objeto de marchar concéntricamente, la columna de Espartero saldría de Bilbao, la de Evans de San Sebastián y la de Sarsfield de Pamplona.

Tal como estaba previsto, salió la columna del virrey de Villava hacia Irurzun con 10360 infantes, 400 caballos, dos compañías de zapadores y ocho piezas de montaña. Conrad mandaba la retaguardia y la reserva donde iban los tres batallones que quedaban de la legión. Llegaron al pie de la peña de las Dos Hermanas a las tres de la tarde y acamparon teniendo a la derecha el pueblo de Madoz y a la izquierda el río Araquil. Como la noche fue muy dura de lluvia y nieve, Sarsfield ordenó la retirada a la mañana siguiente hacia Sarasa y Erice y a los tres días, por los movimientos de las tropas carlistas, a Orcoyen, Arazuri y Ororbia, debiendo dejar el mando, por enfermedad, en manos del brigadier Iribarren.

El 20 de marzo volvieron a marchar sobre Lecumberri dividiéndose la columna: Conrad ocuparía Larrainzar e Iribarren Lizaso. Ni uno ni otro lograron sus objetivos y ambas subcolumnas fueron obligadas a retirarse a Ostiz; mientras Iribarren se refugiaba en Sorauren, Conrad entró en Huarte después de bordear las alturas al este del valle de Lanz.

En esta operación la legión perdió 115 hombres, entre muertos y heridos, y la ofensiva general, tan anunciada, había fracasado en todos sus frentes.

Aunque la legión fue felicitada en Pamplona por su comportamiento, Conrad volvió a insistir: «nadie quiere prestarnos un maravedí»⁵², protes-

52 A Harispe en 30 de marzo. Cit. en AZÁN, O. C, p. 307.

tando de que su «alta misión» fuera mantener la legión en la lucha hasta que no quedara ni un solo hombre⁵³. Por ende, las relaciones del jefe de la legión con los del ejército de Navarra eran tirantes: «El ejército de Navarra es un verdadero desastre; por un lado, el virrey, que está enfermo, no recibe a nadie y sin embargo nadie se atreve a hacer nada sin su mandato; por otro, hay dos jefes de estado mayor que quieren igualmente transmitir las órdenes y exigir las relaciones y situaciones: escriben tan pronto en nombre del general Iribarren como del virrey. No sé, en verdad, qué he hecho al cielo para hallarme en semejante posición»⁵⁴.

En abril se señaló a la legión un nuevo cometido, el de contrariar, como plan base, los movimientos del enemigo allí donde estuviese, lo cual supondría desplazamientos continuos de persecución.

En cuanto a su número, fue reducida a dos batallones, dos escuadrones y una batería en un intento de renovar la cohesión que estaba perdiendo. Con todo, de abril a junio 350 hombres dejaron la legión y volvieron a Francia pese a las tardías promesas de Mendizábal de enviar 600000 rs. —importe de una mensualidad— y las raciones necesarias de pan, arroz y tocino.

En mayo, debió Conrad, a las órdenes de Iribarren, perseguir a los carlistas que marchaban al Alto Aragón; ante la ciudad de Huesca las tropas de la Reina sufrieron grave descalabro muriendo el brigadier cristino y perdiendo la legión 350 hombres de un efectivo de 1500. Conrad recibió encargo de tomar el mando de todo el ejército y de retirarse a Almodévar.

Habiéndose tenido noticia de que D. Carlos estaba en Barbastro, el día 26 Conrad se unió al general Buerens para marchar hacia allí a donde llegaría también Oraá. La legión francesa en ese momento no tenía más que un batallón de hombres.

El 2 de junio, en el ataque a aquella ciudad se encontraron frente a frente la legión extranjera de la Reina y la del Pretendiente —formada en su mayor parte por desertores de la primera—; allí, dice Lichnowsky, se aniquilaron mutuamente: «los soldados se reconocían en el combate; se llamaban con sus nombres y apellidos, en francés o en alemán, se acercaban unos a los otros, se hablaban, se preguntaban y se mataban fríamente a ti-

53 «Me dice, mi general, que no debo desanimarme y que mi obra no habrá realmente terminado mientras quede un solo hombre en esta legión que tan brillantemente había entrado en España.» (Carta a Harispe en 5 de abril. En AZÁN, O. C., pp. 308-309.)

54 A Harispe en 30 de marzo. Ver nota 52.

ros»⁵⁵. En este choque murió Conrad al intentar detener a su legión que, dominada por el pánico, había empezado a abandonar las posiciones.

Al final de la contienda, la legión extranjera carlista se había deshecho y de la de la Reina no quedaban más que 800 hombres.

El 12 de junio llegó el batallón legionario a Pamplona. A partir de esta fecha puede señalarse su descomposición: la batería de artillería se unió individualmente al ejército de Espartero y lo mismo hizo la caballería polaca en tanto que la infantería quedó en la ciudad inactiva y sin pagas.

El 23 de agosto, el capitán Bezaine⁵⁶ comentaba a Senilhes: «Nuestra pobre legión se va acabando; 125 suboficiales, caporales y soldados han partido para Francia la noche pasada con armas y bagajes. Este destacamento ha sido dado a oficiales jurándoles obediencia solamente hasta la frontera. Los paisanos que he encontrado me han asegurado que marchaba en buen orden y que no había cometido ningún robo en las aldeas que había atravesado. Desgraciadamente, los guardias y centinelas también desertan; ha sido necesario evacuar Huarte; la compañía de granaderos ha ido a ocupar los Capuchinos, de modo que apenas si queda en Villava el número de hombres necesario para su defensa y si esta emigración continúa será necesario abandonar también Villava»⁵⁷.

Estaba ya a punto de disolverse, cuando el lugarteniente Ferrary vino a sustituir a Cros d'Arenas que se había mostrado débil con las fuerzas acantonadas. Recién llegado le tocó actuar en el pronunciamiento del primer y segundo batallones de tiradores de Isabel II del coronel León Iriarte por la cuestión de las pagas. La labor de Ferrary se redujo, según la norma francesa, a vigilar los alrededores de Pamplona por si atacaban los carlistas, excluyéndose de la agitación política de la ciudad.

La legión, abandonada entre los cuerpos de Pamplona y sus alrededores, no recibió recompensa alguna por esta acción de parte de las Juntas revolucionarias que se sucedieron en la capital durante el mes de septiembre y principios de octubre, por lo que Ferrary decidió trasladarla a Jaca y acantonarla allí para, aguardando el regreso a Francia, proteger el Roncal de los ataques carlistas.

55 LICHNOWSKY, F.: o. c., p. 136.

56 Bezaine fue uno de los oficiales más brillantes «a quien la pródiga fortuna elevó a puesto altísimo durante el imperio de Napoleón III para conducirlo brusca- mente a triste estado después de la capitulación de Metz en octubre de 1870. Acogido benévolamente en Madrid el ilustre expatriado, dejó sus despojos mortales en esta tierra española donde alcanzara triunfos y gloria en los años de mocedad». (SUAREZ INCLÍN en Bol. R. A. H. citado, p. 441.)

57 Carta de 23 de agosto de 1837. En AZAN, O. C., p. 342.

A fines de 1837, Ferrary recibió orden de pasar de Jaca a Zaragoza. En julio de 1838 no quedaban más que 66 oficiales y 183 hombres de tropa, hasta que una orden de M.^a Cristina de 8 de diciembre de ese año decretó su licenciamiento.

La pequeña columna dejó Zaragoza el 1.º de enero de 1839: se componía de 63 oficiales (29 franceses y 34 extranjeros) y 159 suboficiales y soldados (25 franceses y 134 extranjeros) —algunos se habían quedado al servicio de la causa isabelina— y por Canfranc llegó a Pau el día 10.

El resultado de esta intervención lo reflejó claramente el Marqués de Miraflores:

«El gobierno francés, a su vez, abandonando con mucho gusto suyo el proyecto de intervención armada, siguió el ejemplo de procurar en auxilio de la causa española otra legión —además de la inglesa— que no dejó de prestar útiles servicios pues componíase de soldados hechos y aguerridos de Argel y organizados en una legión bajo la disciplina militar. Mas la naturaleza y condiciones morales y materiales de la guerra civil en España no eran tales que pudiera decidir ni aun influir en sus resultados el ligero peso que podían poner los auxilios de las legiones inglesa y francesa en la balanza de la lucha entre carlistas y cristinos que entonces estaba en su mayor fuerza e intensidad. Así que, poco a poco, estas legiones fueron aniquilándose y desapareciendo, sin haber influido en el éxito de la contienda de una manera importante, habiendo servido tan sólo para demostrar la ineficacia del medio que se había empleado como supletorio de otros que hubieran sido eficaces»⁵⁸.

Javier M. DONÉZAR DÍEZ DE ULZURRUN

58 MIRAFLORES, M. de: o. c. t. I, p. 97.

